

Significación del discurso *De la filosofía en la Habana* de José Manuel Mestre

Significance of the speech *De la filosofía en La Habana* by José Manuel Mestre

Pablo Guadarrama González¹

 <https://orcid.org/0000-0002-4776-2219>

Este discurso, ofrecido por José Manuel Mestre en la inauguración del Curso académico de 1861 a 1862, en la Real Universidad Literaria de La Habana el 22 de septiembre 1861, es considerado por varios investigadores de la vida filosófica cubana y latinoamericana, como un texto fundante de estos estudios.

Aun cuando en 1839, José Zacarías González del Valle había publicado el artículo “Filosofía en la Habana”, —que Mestre reeditó como anexo a su libro *De la filosofía en la Habana* (1862)— mayor significación académica alcanzaría su discurso.

Medardo Vitier, quien es considerado un eminente investigador de la filosofía en Cuba, sobre este texto expresó:

La pieza se editó en 1862 y ha sido desde entonces, un escrito clásico en Cuba. “Pieza”, he dicho, empleando un término que aún dentro de la literatura dramática y en el género oratorio es muy vago. En realidad este trabajo participa de la oración académica, del estudio histórico, con inserción de elogios, y a veces del sesgo

¹ Universidad Católica de Colombia. Contacto: pabloguadarramag@gmail.com

ensayístico. Pieza filosófica, en buena prosa didáctica (Vitier, 2002, p. 322).

El hecho que Mestre se lo haya dedicado a quien consideró su maestro, José de la Luz y Caballero, resulta muy significativo pues implica un claro reconocimiento al que cerró el ciclo inicial de los más destacados filósofos de la ilustración cubana, junto a José Agustín Caballero y Félix Varela. Por supuesto que otros cultivadores de la filosofía en la Isla desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX —entre los que deben ser reconocidos Juan Bernardo O'Gavan, José Antonio Saco, José Zacarías González del Valle, Manuel González y del Valle, José Manuel Mestre y Antonio Bachiller y Morales— contribuyeron también a enaltecer la vida académica en esta disciplina, pero no alcanzarían en ella la talla y reconocimiento de aquellos tres pilares (cf. Guadarrama González, 2012, pp. 220-230).

Todos ellos en diferente grado contribuyeron de algún modo a dar sepultura a la escolástica predominante, no solo en los seminarios religiosos, sino también en la Universidad de La Habana. La apertura hacia la filosofía moderna posibilitaría inicialmente que el empirismo de Bacon, el racionalismo de Descartes, el sensualismo de Condillac, entre otras posturas fueran acogidas con agrado. Sin embargo, los filósofos cubanos más auténticos de esa época se caracterizarían por —sin desdeñar valiosas ideas provenientes de estos y otros pensadores—, reflexionar con cabeza propia sobre los problemas epistemológicos y axiológicos más trascendentales, pero especialmente sobre la cuestión del método en la filosofía y las ciencias. De ahí que con razón plantease Arturo Roig (1984):

Caeríamos una vez más en un grueso error si pensáramos en que los desarrollos americanos fueron algo "externo" en relación con los procesos generales vividos por la cultura del Occidente europeo, pero más grueso es el error que lleva a desconocer las especificidades (p. 23).

Mestre mantuvo una definida concepción sobre el nexo entre la filosofía que se producía en Cuba y sus fuentes europeas, al considerar que aquella no era una reproducción mimética de estas últimas, por eso declaraba “[...] me he propuesto únicamente seguir con rápida mirada la evolución de las ideas filosóficas en nuestro país, dando cuenta de las influencias que hayan podido modificarlas y conducirlas a mayor grado de perfección”.

Con audacia, bajo el despótico poder colonial español, los pensadores cubanos de esta época incursionaron en temas sociales y políticos cruciales, como la esclavitud, razón por la cual algunos de ellos fueron no solo anatemizados, sino también encausados jurídicamente. Mientras algunos, como los hermanos González del Valle, se dejaron cautivar por un acomodaticio eclecticismo, criticado por Luz y Caballero, que provocó durante tres años, entre 1838 y 1840, una de las polémicas filosóficas de mayor trascendencia en el ámbito filosófico latinoamericano².

No faltó en el escrutador análisis de Mestre un necesario reconocimiento al obispo Juan José Díaz de Espada, quien propició un favorable ambiente cultural e hizo posible que algunas personalidades pudieran brillar con luz propia. Por eso planteó que este “mereció bien en todos conceptos de este país, y mientras haya un corazón que se interese por Cuba, ni morirá su grata memoria, ni dejará de serle tributado un homenaje de profundo reconocimiento”.

José Manuel Mestre, se destacaría no solo por su sólida formación filosófica que volcó en la docencia, sino también por su

² La reproducción de esta polémica puede consultarse en: Luz y Caballero (1948). Acerca de la significación de este autor afirma Antonio Sánchez en las palabras introductorias a una selección de sus textos: “Luz nos libertó del espiritualismo francés, que desenmascara en la *Polémica filosófica*, preparando así, con la independencia del pensamiento, la independencia de la patria. Su defensa del método empírico-racionalista y de la gnoseología sensualista, está en la línea del materialismo moderno y la verdad científica, y sienta las bases de una filosofía forjadora de la conciencia nacional (Luz y Caballero, 1981, p. 34).

viril postura patriótica, que le obligó al exilio en Estados Unidos, donde continuó su labor profesional e independentista.

En su discurso Mestre tenía plena conciencia que su tarea de rescate y promoción de la filosofía en Cuba no se reducía a un simple interés filológico, sino que tenía una profunda trascendencia académica e ideológica, pues a su juicio “Cada época de la humanidad encierra una síntesis de todas las que le han precedido: despojad al hombre de su pasado, y lo anularéis completamente”.

Supo aquilatar las ideas tanto de las personalidades más destacadas de la vida filosófica cubana hasta mediados del siglo XIX, como también justipreciar la labor de quienes de algún modo la continuaron y supieron enaltecer, aun cuando tuviese profundas discrepancias teóricas.

Por eso del sacerdote José Agustín Caballero destacaría su pionera pretensión de enfrentar la escolástica, e introducir la filosofía moderna en el Seminario de San Carlos, mientras la Universidad de La Habana aun dormitaba en el letargo escolástico. Debe destacarse que concibió la filosofía como un instrumento teórico de profunda utilidad práctica³, máxime cuando esta le servía como fundamento

³ En el estudio preliminar de la compilación de textos de José Agustín Caballero que realiza Edelberto Leiva Lajara, denominado “José Agustín Caballero: el espíritu de los orígenes”, se dice sobre este autor: “Una filosofía que se aleje de las necesidades humanas no tiene objetivo para él, y en ello está expresado el principio esencial de una ética social y científica que encontrara continuidad en una parte importante del pensamiento cubano posterior; sobre todo del pensamiento comprometido con la causa de la transformación social. Hay una lógica contundente en su exposición de la utilidad de la Filosofía. Toda filosofía se encamina en provecho del hombre. Es el objetivo final, el para quién de toda reflexión filosófica. El conocimiento de la verdad y la práctica de la virtud constituyen el fin próximo de la filosofía. Y la verdad, solo la verdad, nos hace vivir honradamente, distinguiéndola de lo falso, separando lo malo de lo bueno. El fin remoto de la filosofía es el logro de la felicidad natural, y su fin último, es Dios. En la práctica, el perfeccionamiento del hombre, que es en definitiva el camino hacia el logro de estos objetivos, solo puede lograrse por medio de un perfeccionamiento de la sociedad que le permita desarrollar sus potencialidades. El sentido concreto de una concepción de este tipo, en la Cuba de finales de la decimotava centuria, coincidía plena y

epistemológico y axiológico para oponerse a la esclavitud y enaltecer a las mujeres, entre otras posturas evidentes del carácter progresista de su pensamiento social.

El clero cubano no se plegó totalmente a dominación de la metrópoli ⁴. El espíritu contrahegemónico, contestatario y de humanismo práctico⁵ que ha caracterizado en sentido general a los más auténticos representantes del pensamiento filosófico latinoamericano tuvo sus primeras exponentes en numerosos sacerdotes.

Acerca de José Agustín Caballero destacó Mestre que:

[...] redactó por el año de 1797, y en latín, unas lecciones de *Filosofía ecléctica*, que constituyen la primera obra escrita entre nosotros con propensiones reformadoras. Nunca esa obra ha sido

justificativamente con los reclamos de los sectores oligárquicos de mentalidad burguesa” (Caballero, 1999, pp. 67-68).

⁴ “El clero criollo poseía una cultura distinta a la del peninsular y se identificaba mucho más con los avatares de su tierra natal que con los intereses de una España, que, tal vez, nunca había visitado. Las contradicciones clero criollo-clero peninsular fueron, antes que cualquier otra cosa, antagonismos políticos insertos en el conflicto metrópoli-colonia. Los esfuerzos colonialistas por desarticular el clero nativo hablan por sí solos de la importancia de este problema, comprensible solo si se tiene en cuenta la ascendencia ideológica de los religiosos en la población de la gran Antilla. [...], el púlpito podía ser un arma política de inestimable valor” (Segre, 1998, p. 18).

⁵ Por *humanismo práctico* —término utilizado por Marx en sus trabajos tempranos como *La sagrada familia* y los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* así como los de *humanismo concreto*, *humanismo positivo* y *humanismo culto* que diferenciaba del *humanismo real* de Feuerbach—, entendemos una postura de compromiso activo, militante y arriesgado con la defensa de la dignidad de determinados grupos humanos, que se diferencia del humanismo abstracto que se limita a simples declaraciones filantrópicas, que no trascienden más allá de cierta misericordia o postura piadosa ante indígenas, esclavos, siervos, proletarios, mujeres, niños, minusválidos, etc. Un humanismo práctico debe distanciarse del antropocentrismo que ha caracterizado generalmente a la cultura occidental y tomar en consideración la imprescindible interdependencia entre el hombre y la naturaleza (cf. Guadarrama González, 2006, p. 215).

dada a la estampa, pero ateniéndome a las noticias que acerca de ella publicó el malogrado D. José Zacarías González del Valle diré, que aunque se titula *Filosofía ecléctica*, dista mucho de hallarse desimpresionada del dogma de Aristóteles, si bien muestra gran desprecio por las frívolas disputas escolásticas.

Debe aclararse que cuando se encontró el manuscrito original de dicha obra se constató que su título no era ese, sino *Filosofía electiva*. Pareciera que esto constituyera una nimiedad, pero en verdad no lo era. En primer lugar, porque tanto Zacarías González del Valle como su hermano Manuel era defensores del eclecticismo de Cousin, quien, tanto por su postura epistemológica como por su conservadurismo, fue impugnado por José de la Luz y Caballero en aquella célebre *Polémica filosófica*. No es de extrañar que detrás de aquella presunta “errata” de una simple letra, subyaciese el interés de presentar a Caballero como un temprano defensor del eclecticismo.

El *electivismo filosófico* había sido desarrollado en el siglo XVIII por los jesuitas mexicanos Andrés de Guevara, Benito Díaz de Gamarra, Francisco Javier Clavijero y Francisco Javier Alegre, entre otros. Este último tras su expulsión de México permaneció varios años en La Habana donde dejaría su huella filosófica.

Según estos jesuitas el hombre no puede dejarse llevar exclusivamente por una sola vía o fuente del conocimiento, sino que, como la abeja, como sostenía Bacon, debe extraer de todas las flores de la experiencia y la sabiduría para formular sus propios criterios. Esto significa un precoz eclecticismo de nuevo tipo, que para distinguirlo del que proliferará en el siglo XIX debe ser denominado como *electivismo*.

Esa es una de las razones por las cuales Mestre hace la esa aclaración, que en verdad resulta algo confusa, con el objetivo tal vez de diferenciarlo de las posturas de los hermanos González del Valle.

De tal modo que no es válida su afirmación según la cual “puede asegurarse que fueron eclécticos todos los discípulos del Dr. Caballero”. Al menos los más sobresalientes, su sobrino José de la Luz y Caballero, quien combatió abiertamente el eclecticismo, y Félix Varela, no lo fueron.

Sin duda, como afirma Rita Buch (2001):

El padre Agustín debe ser considerado como el precursor del iluminismo cubano. Su labor pedagógica e intelectual, transformó el discurso filosófico cubano, en un discurso autentico, preclaro, amante de la razón y el sensismo, vinculados a las urgencias económicas de la isla y a las necesidades prácticas de la sociedad cubana de la época (p. 363).

Aunque es posible que fuese cierto lo que Mestre sostiene con respecto a que: “[...] hubo una época en que en la Universidad de la Habana se enseñaba el *sensualismo absoluto*”, esto no significa que toda la vida filosófica cubana se caracterizase por tal predominio. Pues ya desde fines del siglo XVIII el Seminario de San Carlos había demostrado un mayor protagonismo en la renovación de la filosofía en el país, en comparación con dicha universidad. Y tanto Varela como Luz, máximas continuadores de Caballero, que no eran profesores de esa universidad, supieron sopesar adecuadamente la interrelación entre las sensaciones y la razón en el proceso del conocimiento, por lo que no se dejaron seducir por un estrecho sensualismo.

Lo anterior pueden confirmarse en la propia alta valoración que hace de Félix Varela al considerar que: “[...] fue quien en realidad extirpó las últimas raíces del escolasticismo, fue quien dio eficaz impulso a la propagación de las doctrinas de Descartes entre nosotros, fue quien, restaurando los fueros de la razón, lanzó al país en una nueva vida intelectual”. El hecho de que Mestre calificase como “monumento magnífico dedicado a la verdad, que se llama el

método Cartesiano”, evidencia una mayor simpatía por este, en lugar del sensualismo.

No cabe duda que la huella intelectual de Varela en Cuba, aun encontrándose en el exilio, trascendería no solo a la universidad, sino al enriquecimiento de la conciencia política del pueblo cubano dado su arraigado independentismo.

Mestre adecuadamente lo exaltó cuando afirmaba: “[...] lo juzgo acreedor al puesto más importante en nuestra reducida galería filosófica”, lo cual no resulta exagerado, pues sin duda fue el más sistemático —expresado esto en varios libros, pero sobre todo por su labor académica y patriótica—⁶, de esa triada de ilustres pensadores representantes del *reformismo electivo* caracterizado por Isabel Monal (1985, p. 130).

En apretada síntesis Mestre expresa que:

Don José de la Luz no ha condensado, por desgracia, en ninguna obra su enseñanza filosófica. Tuvo ocasión de exponerla, si bien parcialmente, con motivo de las polémicas en que combatió contra el eclecticismo cousiniano por el año de 1839; la ha ido desenvolviendo en sus clases, inimitablemente desempeñadas, porque el Sr. Luz no tiene rival en el magisterio; la ha venido formulando en varios interesantes elencos; la ha explicado cada vez que la Habana entera se ha agrupado en torno suyo, ávida de su elocuentísima palabra; la ha hecho práctica con su ejemplo; la ha ido escribiendo, en fin, y para no cansaros, en la inteligencia y en el

⁶ Al respecto afirma Eduardo Torres-Cuevas: “El Padre Creador ha sido sistemáticamente citado; las figuras más notables de la intelectualidad cubana siempre le evocaron con el mayor respeto. José Martí lo catalogó como ‘patriota entero’; José Antonio Saco, ‘el primero de los cubanos’; y José de la Luz y Caballero, el que ‘nos enseñó primero en pensar’. Si bien estas manifestaciones de admiración y respeto son el reconocimiento de cómo ha transitado su imagen a través de nuestra historia, ello no constituye una prueba del conocimiento profundo y detallado de su obra que está en la raíz de la cultura científica, social y política cubana” (Varela y Morales. 2001, p. XI).

corazón de sus discípulos. Pero de esa manera, bien es de comprenderse, cuán difícil no será dar cuenta exacta de las doctrinas del distinguido maestro, y máxime atendiendo a que la inmensa erudición de éste todo lo abarca y aprovecha para los fines de su enseñanza.

Con sobradas razones, luego de presentar varios de los aforismos más sustanciales de Luz y Caballero, concluye: “Y decidme ahora si el hombre que ha pensado y formulado tales principios no es un verdadero filósofo”.

La visión panorámica que presenta Mestre sobre la vida filosófica cubana hasta mediados del siglo XIX posibilita valorar la trascendencia de aquellos pensadores que habían alcanzado profundizar en un saber que no se reducía al de una ciencia, pues para él:

[...] la *Filosofía*, en su legítimo significado, no se constituye por el agrupamiento de tales o cuales determinadas ciencias, ni es tampoco *una ciencia*, sino algo más grande y elevado, esto es, la *Ciencia* por excelencia, y el complemento de todas las demás.

Tal pronunciamiento resultaba muy significativo en aquella época en que comenzaba a divulgarse el augurio positivista sobre su extinción, aplastada por las ciencias particulares, que afortunadamente no encontró, ni encontrará nunca validación.

Tal tendencia la avizora de manera temprana al expresar que:

La tendencia del movimiento filosófico actual, si es que se experimenta alguno, puede definirse, al menos según lo alcanzo, de una manera muy breve. Es la misma de nuestro siglo analizador y concienzudo; no es otra que la de nuestra positivista civilización.

Afortunadamente ni el máximo representante del positivismo en Cuba —considerado uno de los más destacados en el ámbito latinoamericano (cf. Guadarrama González, 2004)—, Enrique José Varona, quien admiró profundamente a Mestre, estuvo de acuerdo con la presunta muerte anunciada de la filosofía⁷.

Este opúsculo de Mestre, que es pequeño en su extensión, pero inconmensurable en su significado, concluye con una grata invitación: “He querido dirigir la atención de nuestra juventud estudiosa, sobre modelos muy dignos de ser imitados, con la mira de animar su entusiasmo de esa manera, encendiendo el más vivo y noble estímulo en su corazón”.

Su labor académica no se debe valorar por la dimensión cuantitativa de sus libros y artículos, sino por la trascendencia que alcanzó por contribuir al rescate y reconocimiento de la vida filosófica cubana, latinoamericana y, por qué no, también universal.

⁷ “La filosofía dejó de ser un sistema de la naturaleza, para convertirse en la, especulación dogmática sobre los problemas subjetivos, elevados al último grado de abstracción. Olvidó y desdeñó la alianza de los conocimientos objetivos; y mientras estos, privados de su luz fecundante, continuaban a tientas y trabajosamente sus necesarias tareas, su soberbia dominadora elevaba sobre el movedizo cimiento de las distinciones verbales una construcción vastísima que pudiera compararse a una inmensa catedral gótica hecha toda ella de caladas y afiligranadas hojas de papel. De aquí que al renacimiento de las ciencias naturales, se pronosticara la desaparición de la filosofía. Conclusión por demás precipitada: La filosofía no es justificable de los extravíos de los filósofos. En vano es que se la conmina abandonar el campo. No puede desaparecer, porque responde a una necesidad constitutiva, de nuestro yo: la de poseer una síntesis general que explique más o menos completamente los dos mundos de la realidad, penetrando lo posible en el enigma de su conjunción. Los conocimientos analíticos son, por su naturaleza, provisionales; para dar frutos han de agruparse en síntesis, por más que éstas muchas veces sean también transitorias; ahora bien, el papel de la filosofía es suministrar esas síntesis, es preparar las vías, llegar, si puede, a la organización completa de los conocimientos. Y no debe confundirse esto con el papel de las ciencias particulares. Cada una de éstas, después de constituida, posee su síntesis, pero que responde solo a alguno de los variados aspectos de la realidad, objetiva o subjetiva. La síntesis filosófica las ha de englobar todas. Nada menos que esto pretendía el atomismo de Demócrito o el peripatismo del Estagirita. En las edades medias, a lo que no alcanzaba la escuela, llegaba la teología” (Varona, 1880, pp. 238-239).

Referencias bibliográficas

Buch, Rita (2001). *Aprehensión de la Historia de la Filosofía con sentido ético-cultural. Su concreción en el pensamiento cubano electivo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Caballero, José Agustín (1999). *Obras*. (Ensayo introductorio, compilación y notas de Edelberto Leiva Lajara). La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea.

Guadarrama González, Pablo (2004). *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. Recuperado de <https://www.ensayistas.org/filosofos/cuba/guadarrama/textos/Positivismo.pdf>

Guadarrama González, Pablo (2006). Humanismo y marxismo. En Jairo Estrada Álvarez (Coord.), *Marx vive. IV* (pp. 209-224). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de http://www.espaciocritico.com/sites/all/files/libros/mrxvv4/08_guadarrama.pdf

Guadarrama González, Pablo (2012). *Pensamiento filosófico latinoamericano. Humanismo, método e historia*. (Tomo I). Bogotá: Università degli Studi di Salerno / Universidad Católica de Colombia / Planeta. Recuperado de <https://www.ensayistas.org/filosofos/cuba/guadarrama/textos/Pensamiento%20I.pdf>

Luz y Caballero, José de la (1948). *Polémica Filosófica*. La Habana: Editorial Universidad de La Habana.

Luz y Caballero, José de la (1981). *Selección de textos*. (Introducción de Antonio Sánchez). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Monal, Isabel (1985). *Las ideas en América*. La Habana: Casa de las Américas.

Roig, Arturo A. (1984). *Humanismo en la segunda mitad del siglo XVIII*. (Tomo I). Quito: Banco Central de Ecuador.

Segreo, Roberto (1998). *Conventos y secularización en el siglo XIX cubano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Varela y Morales, Félix (2001). *Obras*. (Volumen I). (Compilación y notas de Eduardo Torres-Cuevas, Jorge Ibarra Cuesta y Mercedes García Rodríguez). La Habana: Editorial Cultura Popular / Ediciones Imagen Contemporánea.

Varona, Enrique J. (1880). *Conferencias filosóficas. Lógica*. La Habana: Editor Miguel de Villa.

Vitier, Medardo (2002). *Las ideas en Cuba. La filosofía en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Pablo Guadarrama González

Doctor en Filosofía. Universidad de Leipzig. Doctor en Ciencias y Profesor Emérito de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas. Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Investigador Emérito del Ministerio de Ciencias, Tecnología e Innovación, Colombia. Doctor Honoris Causa en Educación, Universidad Nacional de Trujillo. Autor de los libros: *Valoraciones sobre el pensamiento filosófico cubano y latinoamericano*; *Marxismo y antimarxismo en América Latina*; *Humanismo, marxismo y postmodernidad*; *Humanismo y autenticidad en el pensamiento latinoamericano*; *Positivismo y antipositivismo en América Latina*; *Cultura y educación en tiempos de globalización posmoderna*; *Dirección y asesoría de la investigación científica*; *Pensamiento filosófico latinoamericano. Humanismo, método e historia* (Tomo I, II y III); *José Martí, humanismo práctico y latinoamericanista*, *Democracia y derechos humanos: visión humanista desde América Latina* (Tomo I y II); *Huellas del filosofar en Latinoamérica y Colombia*; *Para qué sirve la epistemología a un investigador y un profesor*; *Pensamiento político latinoamericano. Cultura, paz y poder*; *Enrique José Varona. Balance de una vida y una obra*; *Cultura integracionista en el pensamiento latinoamericano*; *He vivido por y para la filosofía en nuestra América. Autobiografía intelectual de Pablo Guadarrama González*.